

Schopenhauer y la fisiología trascendental de la percepción. Interpretación general, crítica y defensa.

Juan Ignacio Guarino

En repetidos pasajes de sus obras, Arthur Schopenhauer se refiere a sí mismo como el único continuador legítimo de la filosofía crítica kantiana. Partiendo de los resultados del análisis puro kantiano -normalmente resumidos bajo el rótulo de idealismo trascendental- Schopenhauer se dedica a complementar dicho análisis con una teoría empírica del conocimiento, una fisiología de la percepción, la cual corrobora la tesis kantiana de la idealidad trascendental de las representaciones. El objetivo de este trabajo es presentar de una forma esquemática el desarrollo de la fisiología trascendental schopenhaueriana. Para dicho cometido, tomaremos como punto de partida el materialismo, por su aceptación generalizada ya sea por el sentido común como por las ciencias naturales, presentando la reducción al absurdo que de él realiza Schopenhauer puntualmente en el párrafo siete del tomo primero de *El mundo como voluntad y representación*. La refutación del realismo materialista nos sirve de pasaje para una consideración idealista trascendental del conocimiento y consecuentemente, a una teoría empírica de la percepción acorde. Ésta es expuesta en el párrafo 21 de *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, en ocasión de la refutación a la teoría de la percepción enseñada en los ámbitos académicos de su época, según la cual los objetos exteriores nos son dados por medio de los sentidos sin mediación alguna del sujeto. Finalmente, nos embarcamos en una exégesis de los capítulos primero y segundo del complemento al primer tomo del *El mundo como voluntad y representación*, en el cual Schopenhauer ofrece una nueva refutación del realismo trascendental, la cual permite comprender más claramente su teoría de la percepción, tanto en su dimensión empírica como pura, ya que allí se trata el problema de la realidad del mundo exterior, el del dualismo cuerpo-mente y se expone su doctrina de las propiedades sensibles y las propiedades perceptuales de la representación intuitiva. Finalizamos la presente investigación con una consideración de la validez y de la vigencia de la fisiología trascendental de la percepción como teoría filosófica.

La crítica al materialismo

En el párrafo 7 de *El mundo como voluntad y representación*, afirma Schopenhauer que el punto de partida de su análisis no es ni el sujeto ni el objeto, sino la representación, puesto que ésta es lo efectivo y dado a la intuición, y que en ella están contenidos tanto el sujeto como el objeto.¹ Las filosofías anteriores cometen el error de partir o bien del sujeto, o bien del objeto, y por consiguiente, sus desarrollos son unilaterales. Así, la filosofía de Fichte –el llamado “idealismo subjetivo”– parte desde el sujeto, deduciendo de éste el objeto²; mientras que la contrapartida de dicho punto de partida, la filosofía objetiva, puede asumir diferentes formas dependiendo de la clase de objetos de la que parta. Recordemos que para Schopenhauer, existen cuatro clases de objetos regidos cada uno por una forma particular del principio de razón suficiente: el primer tipo de objetos son las representaciones intuitivas o intuiciones empíricas, regidas por el *principium rationis sufficientis fiendi* (principio de razón suficiente del devenir); en segundo lugar, los conceptos o representaciones abstractas, regidos por el *principium rationis sufficientis cognoscendi* (principio de razón suficiente del conocer); luego y regidos por el *principium rationis sufficientis essendi* (principio de razón suficiente del ser) se encuentran las intuiciones puras del espacio y del tiempo, las cuales condicionan trascendental o formalmente la primera clase de objetos; por último, la voluntad propia, dada a la sensibilidad interna y regida por el *principium rationis sufficientis agendi* o principio de razón suficiente del obrar, constituye la cuarta y última clase de objetos. Por cuestiones de brevedad e interés, nos ocuparemos aquí de la filosofía objetiva cuyo objeto es la materia, es decir, la primera clase de objetos.³

¹ Cfr. Schopenhauer (2005a), pág. 59-72.

² La filosofía de Fichte es en realidad –según Schopenhauer– una pseudofilosofía consistente en la repetición del idealismo kantiano al punto de deformarlo, ya que para Kant, la causalidad es una relación entre objetos, mientras que para Fichte, el sujeto es la causa del objeto. Tal tipo de relación fue expresamente criticada por Kant, por lo que Schopenhauer concibe al idealismo subjetivo como una suerte de vuelta atrás en la historia de la filosofía, donde los excesos realistas de las doctrinas prekantianas se reflejan invertidas, en forma de un monstruoso idealismo. Así como el realismo postula un objeto sin sujeto, el idealismo fichteano postula un sujeto sin objeto. Cfr *Ibidem*, págs. 68-70.

³ En cuanto a las filosofías objetivas que parten de las otras tres clases de objetos: Spinoza parte de la noción abstracta de substancia y los eléatas del concepto abstracto, conformando sistemas que parten de la segunda clase de objetos, el concepto o representación abstracta; los pitagóricos, que parten del número y la filosofía del I-Ching, que parte del tiempo y consecuentemente del número, corresponden a las filosofías que parten de la tercera clase de objetos y, finalmente, la escolástica parte de la voluntad, la cuarta clase de objetos, al admitir una creación de la nada por el acto volitivo de un ser trascendente al

El materialismo, atribuido explícitamente por Schopenhauer a Thales, los jónicos, Demócrito, Epicuro y a la corriente materialista francesa contemporánea a su propio sistema, parte de la consideración de la materia y en consecuencia -afirma Schopenhauer-, del tiempo y del espacio como cosas absolutas, es decir, prescindiendo de su relación con un sujeto cognoscente. Toma además la ley de la causalidad como una *veritas aeterna* que rige el mundo y figurándose un estado originario y elemental de la materia, deduce de éste el resto de los estados más complejos. Así, reduce el quimismo al mecanicismo, la vegetación (vida) al quimismo y la animalidad a la vegetación. Sin embargo, si seguimos la odisea reduccionista del materialismo hasta su punto final, la sensibilidad animal [*die tierische Sensibilität*], Schopenhauer afirma que:

[...] al llegar de su brazo a la cúspide nos sentiremos acometidos de aquella risa que Homero atribuía a los dioses del Olimpo, al ver, como al despertar de un sueño, que este último resultado, o sea el conocimiento, estaba ya implícitamente contenido como condición indispensable en el concepto que contribuye al punto de partida del sistema, la materia, a la cual creíamos conocer, siendo así que, en realidad, no conocemos más que el sujeto que se la representa o la piensa, el ojo que la mira, la mano que la palpa, el entendimiento, en fin, que la percibe. Entonces caería de nuestros ojos la venda constituida por esa inmensa petición de principio y hallaríamos que dicha materia constituye una cadena cuyo último eslabón es la condición del primero y, por consiguiente, la cadena forma un círculo.⁴

Cuando el materialismo se embarca en la reducción del conocimiento (*Erkennen*), comprende que los pilares fundamentales de su doctrina y método, a saber, el carácter absoluto del espacio, del tiempo, de la materia y de la causalidad, están en realidad condicionados por el intelecto en el cual se representan. Así comprende que ha partido de la materia como una realidad trascendente o en sí (*an sich*) y desde ella ha arribado al sujeto cognoscente o trascendental. Éste supone el condicionamiento necesario de su punto de partida y resulta necesario en consecuencia, reemplazar la tesis materialista que hace del pensamiento una modificación de la materia por su antítesis, a saber, que la materia es una modificación del conocimiento.

El ideal de la ciencia no deja de ser empero un materialismo reduccionista. Es por esto mismo que la ciencia no puede darnos una explicación completa de la esencia del mundo, sino solamente de su ordenación, mediante la exposición de las leyes causales

universo. Schopenhauer desconsidera dichos sistemas afirmando que el materialismo es la forma de la filosofía objetiva que más lejos llega. Cfr. *Ibidem*, pág. 61.

⁴ Cfr. *Ibidem*, pág. 62.

por medio de las cuales se rige.⁵ La ciencia no puede entonces más que explicitar el principio de razón en sus diferentes formas: la geometría y la aritmética se ocupan del *principium rationis sufficientis essendi* del espacio y del tiempo respectivamente; la lógica se entretiene con el *principium rationis sufficientis cognoscendi* al estudiar las relaciones entre los conceptos abstractos; la historia, en tanto intenta arrojar luz y comprensión (*Verstehen*, en términos weberianos⁶) sobre los hechos humanos, se dedica al *principium rationis sufficientis agendi* y, finalmente, las ciencias naturales, en tanto que pretenden reducir la multiplicidad fenoménica a un conjunto de leyes causales, se ocupa de la ley de causalidad o *principium rationis sufficientis fiendi*.

Fisiología de la percepción e idealismo trascendental

La refutación del materialismo reduccionista significa –para Schopenhauer- la derrota de la filosofía objetiva, puesto que el materialismo supone la esperanza más grande de una filosofía que pretenda explicar al sujeto a partir del objeto ya que parte de su manifestación más inmediata.⁷ La postura alternativa que tomará Schopenhauer, el idealismo trascendental, se anuncia ya en la frase con la que inicia su obra capital, *El mundo como voluntad y representación*: “El mundo es mi voluntad” (*Die Welt ist meine Vorstellung*).⁸ El mundo que nos rodea a nosotros -individuos particulares- no existe más que en relación con otro ser, a saber, nosotros mismos. Ésta división entre sujeto y objeto es el más básico conocimiento *a priori*, puesto que expresa la forma general del conocimiento, sea éste de la clase que sea: en toda representación hay por necesidad algo representado y algo que lo representa, un objeto y un sujeto. El primer libro de *El mundo como voluntad y representación* está dedicado en gran medida, a explicar el modo por el cual el mundo como representación emerge como dato inmediato de la consciencia y cómo es intuido por el intelecto, con auxilio de la sensibilidad.

⁵ La idea de que la ciencia no puede responder las preguntas fundamentales del hombre reaparecerá en el siglo XX en la filosofía de Ludwig Wittgenstein –entre otros-; según Wittgenstein, sentimos que aunque la ciencia respondiera todas las preguntas posibles, aún así nuestros problemas vitales permanecerían intactos. Cfr. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 6.52.

⁶ En *La cuádruple raíz* afirma Schopenhauer que la ley de motivación puede utilizarse teóricamente para la moral, el derecho, la historia, la política, la poesía dramática y épica, y como instrumento práctico para domesticar animales y hombre, tirando hábilmente de los hilos que mueven las marionetas de la comedia social. Cfr. Schopenhauer (2005e), pág. 99.

⁷ Schopenhauer (2005a), págs. 61-62.

⁸ Cfr. *Ibidem*, pág. 31.

No puede ser el caso que el mundo exterior⁹ penetre en la consciencia por medio de los sentidos, puesto que entre el dato sensorial y la experiencia concreta hay un abismo infranqueable. Por el contrario, argumenta Schopenhauer, es necesario reconocer la intelectualidad de la representación intuitiva. Schopenhauer explica con gran prosa y lucidez:

Se necesita estar dejado de la mano de Dios para decir que el mundo intuitivo exterior, al llenar en sus tres dimensiones el espacio, moviéndose, con inexorable rigor, dentro del curso del tiempo, regido a cada paso por la ley de la causalidad, pero sometido siempre a la ley que nosotros aplicamos de antemano a toda experiencia, tiene una existencia objetiva y real, independiente de nuestra participación en él, y que, por la mera impresión de nuestros sentidos, llega a nuestro cerebro y se presenta en él tal y como es fuera del mismo. ¡Cuán mísera cosa es la mera impresión de nuestros sentidos! En el más noble órgano de nuestro cuerpo no se opera más que una sensación local, específica, subjetiva, y que, como tal, no puede contener nada objetivo ni que se parezca a una percepción. Pues la sensación, cualquiera que sea, es y sigue siendo un proceso de nuestro mismo organismo, y, como tal, no traspasa los límites de nuestra piel ni puede contener nada que fuera de dicha envoltura [*Haut*] exista. [...] la impresión de un órgano de los sentidos es ejercida por los objetos exteriores, obrando sobre las extremidades del sistema nervioso, que confluyen y se extienden por nuestro cuerpo, y, a causa de su delgada cubierta, son fácilmente excitables y están abiertos al influjo especial de la luz, del sonido, del olor, etc., pero no por eso es menos sensación, así como las del interior de nuestro cuerpo.¹⁰

El dato sensible o sensación, es un mero cambio de estado de la consciencia y como tal, sólo está mediado por la forma más general de ésta, el tiempo.¹¹ Las diferentes sensaciones aparecen en el tiempo como los eslabones de una cadena y no aportan conocimiento de objetos exteriores, sino sólo de una afección subjetiva. Ésta es tomada por el principio de causalidad –afirma Schopenhauer- y mediante el auxilio de la forma del espacio, se supone una causa *externa* a la afección o sensación *interna*, componiéndose la percepción de un objeto.

El principio de causalidad propuesto por Schopenhauer no se aplica a la intuición empírica, sino que muy por el contrario, la condiciona en su constitución fundamental: la sensación, meramente temporal, supone un cambio de estado o afección subjetiva que

⁹ Utilizaré –siguiendo a Schopenhauer- las expresiones “mundo exterior” (*die Welt da draußen*), “mundo objetivo” (*objektive Welt*), “mundo intuitivo” (*anschauliche Welt*) y “el mundo como representación” (*die Welt als Vorstellung*) como equivalentes, salvo que se indique lo contrario.

¹⁰ Cfr. Schopenhauer (2005e), págs. 68-69.

¹¹ Dado que no es la finalidad del presente artículo exponer una escala sistemática de las formas subjetivas trascendentales, me ocuparé de presentar brevemente la intuición que permita comprender por qué el tiempo es la forma generalísima de la consciencia. En nuestro sentido interior nos representamos a nosotros mismos *qua* consciencia, como un *flujo* de pensamientos. Los pensamientos –el contenido de la consciencia-, en tanto fluyen suponen la mera forma de una sucesión, es decir, la forma del tiempo. Sólo este posibilita que en un momento t_1 pensemos p_1 y en un momento posterior t_2 el contenido de nuestra consciencia sea p_2 .

es informado al intelecto; éste lo comprende como un *efecto* postulando, con el auxilio de la forma *a priori* del espacio, una *causa externa* y espacial. Así, la impresión en mi retina, una mera sensación recibida por el intelecto es comprendida como un efecto, para el cual se postula como causa, un objeto externo acorde con lo material de la sensación, pero formalmente condicionado por la forma *a priori* del espacio. El resultado es la intuición de un objeto externo. La espacialidad no puede provenir de la experiencia, puesto que la experiencia misma la supone. Por esto mismo, nos vemos posibilitados de realizar un estudio *a priori* del espacio, ya que no es una propiedad ni una relación de los objetos sino que, por el contrario, es una forma por la que conocemos los objetos en aparición fenoménica. Así, todo objeto externo está por necesidad en concordancia con las leyes espaciales -estudiadas por la geometría- y, en consecuencia, podemos desarrollar una ciencia que condicione *a priori* los objetos de la experiencia en lo que a sus cualidades espaciales se refiere.

En cuanto al proceso concreto y empírico de la intuición empírica, dos son los sentidos –afirma Schopenhauer- que nos permiten construir el mundo intuitivo, a saber, el tacto y la vista. Las sensaciones de los otros tres sentidos se refieren a algo externo, lamentablemente no podemos determinar mediante ellas objeto alguno en el espacio; así, el aroma de la rosa no permite intuir la rosa, ni la música el músico que la interpreta.

La vista, por el contrario, llega hasta donde llegue su medio -la luz-, permitiéndonos construir en el espacio la figura, la extensión (sea longitud, área o superficie) y el color. Mientras que el tacto, por su parte, por contacto directo por palpación y por la tensión muscular, nos provee de los datos mediante los cuales construimos la extensión, la figura, la dureza y la temperatura¹². Ambos sentidos colaboran el uno con el otro para formar un solo mundo objetivo en un espacio único. Repasemos ahora, un fragmento del párrafo 21 de *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* para comprender este proceso en concreto.

Cuando un ciego de nacimiento palpa una figura cúbica, las sensaciones de su mano son uniformes, y por todos lados y en todas direcciones las mismas; las aristas oprimen, es

¹² Por supuesto que no todas estas cualidades percibidas son parte del mundo objetivo. El color o la temperatura son claramente subjetivas puesto que suponen una relación empírica con el sujeto, *i.e.* sólo existen para los sentidos. Ésta es la división entre propiedades primarias y secundarias propuesta por Locke. Dejemos empero, por cuestiones metodológicas, dicha cuestión para más adelante.

cierto, una parte menor de la mano, pero en dicha sensación no hay nada que se parezca a un cubo. Pero de la resistencia que encuentra la mano, la inteligencia llega, inmediata e intuitivamente, a la conclusión de su causa, la cual se representa, por fin, como un cuerpo sólido, y del movimiento de los brazos, permaneciendo las mismas impresiones de sus manos, reconstruye el espacio, conocido *a priori*, la configuración cúbica del objeto. Si no tuviera la idea de causa y de espacio, con arreglo a su ley propia, no llegaría nunca, por la mera sucesión de sensaciones indicada, a formarse la imagen de un cubo. Si hace correr una soga por dentro de su puño cerrado, reconstruirá, por la sensación de frotamiento y por su duración, un cuerpo largo cilíndrico que se mueve en una dirección uniforme; pero no podrá nacer en sí por esta mera sensación de su mano, la idea de movimiento, esto es, la transformación del lugar en espacio por medio del tiempo, pues la sensación no puede contener ni producir por sí sola una cosa semejante. Sino que su intelecto tiene que llevar en sí mismo, anteriormente a toda experiencia, la intuición del tiempo, del espacio y, con ellos, de la posibilidad del movimiento, y no menos debe poseer la noción de la causalidad para pasar de la simple sensación empírica a su causa y forjarse luego un cuerpo que no se mueve con la indicada configuración. Pues, ¡cuánta distancia [hay] entre la mera sensación de la mano y las ideas de causalidad, materialidad y movimiento en el espacio, por medio del tiempo! La sensación de la mano, por muy diferente que sea el contacto y la posición, es algo tan distinto y escaso en datos, que por ella sola no podríamos reconstruir la idea del espacio, con sus tres dimensiones, ni la acción de unos cuerpo sobre otros, ni las cualidades de extensión, impenetrabilidad, cohesión, dureza, blandura, reposo y movimiento; en una palabra, el fundamento del mundo objetivo. Esto sólo nos es posible, porque el intelecto posee de antemano la noción del espacio, como forma del cambio de lugar, y la ley de causalidad, como reguladora del proceso del cambio de las cosas. La existencia de estas formas anteriormente a toda experiencia es en lo que consiste el intelecto. Fisiológicamente, es una función del cerebro, el cual está tan lejos de haberla aprendido de la experiencia, como el estómago la digestión, o el hígado la secreción de la bilis.¹³

Ruego al lector que sepa disculpar la extensión del fragmento; resulta poco conveniente abreviarlo, dado que muestra con absoluta claridad y distinción aquello que argumenta, a saber, que el mundo exterior en el que estamos situados no lo conocemos por el mero dato sensible, sino que éste es procesado por el intelecto o cerebro de formas *a priori* o independientes de la experiencia.¹⁴

Hasta aquí hemos expuesto una crítica al materialismo reduccionista, descubriendo que para hablar *en concreto* de la materia es menester concebir asimismo un sujeto representante, arribando consecuentemente a un idealismo. Éste, a diferencia del idealismo escéptico o empírico, no declara irreal al mundo exterior sino que afirma que en tanto que hacemos abstracción de un sujeto cognoscente, el mundo desaparece por el mismo acto, puesto que el mundo de la experiencia existe como representación de dicho sujeto, es decir, en su consciencia. Tal es el carácter trascendental del idealismo schopenhaueriano, el cual tiene como correlato la realidad empírica de lo representado. Los objetos de la experiencia, las intuiciones empíricas o representaciones intuitivas no

¹³ Schopenhauer (2005e), págs. 72-73.

¹⁴ En cuanto a la demostración de la intelectualidad de la visión en Schopenhauer, el lector encontrará un detallado e interesante pasaje en su tesis doctoral. Cfr. *Ibidem* págs. 74-98.

son una mera ilusión sino que por el contrario, poseen existencia (*Wirklichkeit*, actualidad). La existencia hace que ellos no sean meros fantasmas sino que tengan poder causal sobre nuestros sentidos, afectándonos.

El problema de la realidad del mundo exterior. Realismo empírico

En el capítulo primero del complemento al primer libro de *El mundo como voluntad y representación*, de título “El punto de vista idealista”, Schopenhauer presenta una nueva reducción al absurdo del realismo materialista reduccionista por medio de una suerte de *Gedankenexperiment*:

El realismo pretende que el mundo, tal como lo conocemos, es independiente del conocimiento. Pues bien; suprimamos de una vez todos los seres conscientes; dejemos sólo la naturaleza inorgánica y el mundo vegetal. Las rocas, los árboles y los arroyos seguirán ocupando así el firmamento azul; el sol, la luna y las estrellas iluminarán el mundo, pero inútilmente, porque no habrá ojos que lo vean. Introduzcamos ahora en escena un ser dotado de conocimiento. El mundo se representará de nuevo en su cerebro, se repetirá exactamente como existía fuera de él. De este modo al primer mundo ha venido a sumarse otro mundo nuevo, que si bien completamente separado de aquél se parecerá a él como un cabello a otro cabello. Tal como el mundo objetivo existía en el espacio objetivo infinito, aparecerá luego el mundo subjetivo de la intuición en el espacio subjetivo percibido. Pero este último tiene sobre el primero la ventaja de saber que el espacio que fuera de él se extiende, es infinito, y hasta puede indicar de antemano, exacta y minuciosamente, sin examen previo, el orden de todos los estados de cosas posibles aún no realizados [*möglichen und noch nicht wirklichen Verhältnisse*] y hasta anunciar ese orden tanto en lo que se refiere a la sucesión en el tiempo, como en lo tocante a la relación de causa y efecto que rige los cambios exteriores. Pero creo que todo esto, considerado detenidamente, es bastante absurdo y nos lleva a la persuasión de que aquel primer mundo absolutamente objetivo, que al principio creíamos posible concebir, situado fuera del cerebro independiente del intelecto y anterior a todo conocimiento, es el mismo que presentábamos como segundo universo, el mundo conocido subjetivamente, el mundo de la representación, que es el único que en realidad podemos concebir. Por consiguiente, se impone la idea de que el mundo, tal como le conocemos, no existe más que para el conocimiento, no existe más que en la representación, sin que tenga fuera de ella un duplicado.¹⁵

El planteo de una realidad externa e independiente al sujeto que la representa, *i.e.* el realismo trascendental, trae aparejado el famoso problema de la realidad del mundo exterior, es decir, de cómo es posible garantizar que nuestras representaciones se corresponden con el mundo exterior objetivo. Frente a dicha cuestión, Schopenhauer afirma que lo subjetivo y lo objetivo no forman un *continuum*, que no hay una transición o puente que los una, sino que lo subjetivo termina en la superficie de nuestra

¹⁵ Cfr. Schopenhauer (2005b), págs. 18-19

piel, en las extremidades nerviosas (*Nervenenden*), y que lo objetivo permanece como una incógnita. Sin embargo, el intelecto nos dota con imágenes perceptuales del mundo objetivo, formadas a partir de la sensación. Resulta en consecuencia necesario determinar cuál es la relación entre percepción y sensación. El enlace entre una y otra es –como ya hemos dicho- mediante la ley de causalidad, por la cual la sensación es transformada en la percepción. Ésta ley requiere, por su parte, una demostración de validez, la cual puede ser objetiva o subjetiva: si es objetiva, como cree Locke, pertenece al mundo exterior del cual dudamos en primer lugar; si por el contrario, como afirma Kant es subjetiva, es decir *a priori*, entonces no nos puede conducir fuera de lo subjetivo.

En la representación intuitiva del mundo exterior podemos encontrar como único dato realmente empírico, *i.e.* la impresión sensorial, la cual admitimos -siguiendo la ley *a priori* de la causalidad- como un efecto para el cual postulamos una causa externa en el espacio tridimensional del mundo objetivo. Sin embargo, a causa de su aprioridad, esta ley es subjetiva, por lo que Schopenhauer afirma:

Pero si satisface plenamente las necesidades de la vida práctica es insuficiente para documentarnos de la existencia y la naturaleza de los fenómenos que así se manifiestan, o mejor dicho, sobre su *substratum* inteligible. El que con ocasión de ciertas impresiones que se producen en mis órganos sensibles se produzca en mi cerebro una intuición de objetos figurados en el espacio con duración en el tiempo y con eficacia causal, no me autoriza en manera alguna para postular la existencia *en sí* de esos mismos objetos con esas mismas cualidades, fuera de mi cerebro y con independencia de él.¹⁶

Subyace al idealismo schopenhaueriano la concepción del intelecto como una función biológica desarrollada con la finalidad última de la conservación del individuo, o mejor dicho, de la especie. Así, el intelecto nos permite conocer las cosas de manera tal que podamos sobrevivir y reproducirnos, pero no nos permite conocer el mundo tal como es en sí mismo.¹⁷

¹⁶ Cfr. *Ibidem*, pág. 21.

¹⁷ El lector interesado en esta faceta naturalista, cuasi-evolucionista, del pensamiento schopenhaueriano, encontrará muy satisfactorio su obra *La voluntad en la naturaleza*, en la que Schopenhauer presenta diferentes logros científicos contemporáneos como un medio de corroboración de su doctrina metafísica. Cfr. Schopenhauer (2005d).

Propiedades perceptuales y propiedades sensibles

Como consecuencia de lo expuesto anteriormente y de las distinciones introducidas, cabe aún retomar el problema de la realidad del mundo desde una nueva perspectiva. Nos ocuparemos ahora del problema de la realidad de lo representado, no en abstracto (es decir, la realidad del mundo) sino en concreto, estudiando la realidad de la materia, ya que como Schopenhauer comenta¹⁸, el problema de la realidad del mundo exterior es el problema de la realidad de la materia. No la analizaremos como *substratum* abstracto sino en sus características o accidentes particulares, retomando la distinción lockeana entre las propiedades primarias y las propiedades secundarias. Son propiedades primarias aquellas que son “por completo inseparables del cuerpo”, es decir, la solidez, la extensión, la figura, el movimiento y el número, en resumen, las propiedades primarias son propiedades de tipo geométrico o aritmético. Las propiedades secundarias por el contrario, son aquellas producidas en nuestra mente por ciertos *poderes causales* de los objetos empíricos: los colores, olores o sabores, la dureza o la suavidad, por ejemplo, no son propiedades de las cosas sino que resultan de cierta interacción con nuestros sentidos.¹⁹

En el tránsito del realismo materialista al idealismo trascendental, la figura de Locke sirve de puente. Recordemos que el realismo materialista comprende a la materia como la *cosa en sí* la cual es conocida por medio de los sentidos, tal como es en sí misma. Según Schopenhauer²⁰, Locke nos provee de la crítica de las funciones sensibles, mientras que Kant nos provee de la crítica de las funciones cerebrales, *i.e.* intelectuales o perceptuales. Así, Locke muestra como las propiedades secundarias no son propiedades de las cosas *en sí* sino de nuestra forma de conocerlas; Kant por su parte, muestra además cómo las propiedades primarias dependen de nuestro modo de conocer. Dichas cualidades primarias dependen por su carácter geométrico o aritmético,

¹⁸ Cfr. Schopenhauer (2005b), pág. 22-23.

¹⁹ Así, una naranja por ejemplo, posee una extensión determinada, una figura de tipo pseudoesférica, está en reposo o no, con independencia de toda relación con otro ente. Su color, textura, aroma y sabor, dependen por el contrario, de su interacción con diferentes sentidos, a saber vista, tacto, olfato y gusto, respectivamente para este caso. Dicha interacción es posibilitada por un medio: la vista por la luz, el olfato por el medio gaseoso, el gusto por la disolución de partículas en el medio líquido interior de la boca, y el tacto, finalmente y como excepción, por contacto directo no mediado. Las primeras propiedades las llamamos “primarias” por su inherencia al objeto, mientras que las últimas las consideramos “secundarias” puesto que sólo son propiedades emergentes de las relaciones entre los objetos y los sentidos.

²⁰ Cfr. *Ibidem*, pág. 22.

es decir matemático o cuantitativo, de nuestras formas *a priori* del espacio y el tiempo. En consecuencia, las propiedades primarias tampoco son trascendentalmente reales. Mediante el análisis de ambas cualidades y de su idealidad, llegamos al idealismo trascendental. Este idealismo -Schopenhauer nos recuerda continuamente- nos da la base para un *realismo empírico*, es decir, nos permite escapar al insondable abismo entre el mundo objetivo y el mundo subjetivo, al llevar el límite más allá de toda experiencia posible. Así, toda representación es subjetiva pero no por eso pierden su realidad los objetos empíricos, ni debemos aceptar la realidad empírica como lo hace Jacobi, *i.e.* como artículo de fe, sino que Schopenhauer manifiestamente afirma que no debemos tomarle palabra a la realidad puesto que “se da como lo que es, y cumple inmediatamente lo que promete”.²¹

La ley de causalidad, lejos de ser un mecanismo que nos permita escapar de lo subjetivo, nos mantiene en tal dominio posibilitando sin embargo, la realidad del mundo empírico: por “real” comprendemos un objeto que tiene eficacia causal, en contraposición a un mero fantasma intangible. Por la obra de la ley de causalidad sintetizamos las diferentes formas de nuestra sensibilidad en una unidad espacio-temporal de modo que el *substratum* empírico, el objeto pensado como unidad abstracta y no como sus diversas cualidades concretas, afecta nuestros sentidos particulares al darse la ocasión. Así, si percibo visión mediante una esfera y la tomo con mi mano, su realidad empírica viene dada por afectar al sentido del tacto produciendo las sensaciones de peso, dureza, calor, etc... Si por el contrario, no pudiera tomar dicha esfera que se proyecta en mi campo visual espacial, sería un error considerarla real, pues no sería más que un fantasma o producto de mi imaginación y sólo un mundo exterior cuyos objetos estén así constituidos podría ser considerado con total legitimidad con el nombre de *idealismo empírico*.

En cuanto al mundo exterior, hemos considerado su realidad, o mejor dicho, la de la materia que lo constituye *in concreto*, considerando a ésta como poseedora de propiedades primarias o cuantitativas y propiedades secundarias o cualitativas. Hemos afirmado, además, que el materialismo lockeano considera a las cualidades primarias como reales o independientes del sujeto, mientras que las secundarias son ideales o dependientes del sujeto, o mejor dicho, de la representación o acto del conocimiento.

²¹ Schopenhauer afirma que Jacobi es como el realista trascendental que juega al idealismo empírico, tipología filosófica estigmatizada por Kant. Cfr. *Ibidem*, pág. 12 y Kant, *KrV* A369.

Sin embargo, Kant demuestra (y Schopenhauer acepta) la idealidad trascendental de ambas propiedades, a la vez que afirma conjuntamente su realidad empírica. Schopenhauer, por su parte, se detiene en esta cuestión y afirma que las propiedades secundarias corresponden dentro de la percepción al elemento material del conocimiento, es decir a la impresión sensorial, mientras que las propiedades primarias representan la parte formal de la experiencia, es decir, aquello mediante lo cual el intelecto transforma el dato sensible en el mundo tridimensional de la experiencia, es decir, las formas *a priori* presentes en el sujeto de espacio y tiempo.

Idealidad de toda representación

Recordemos ahora que según Locke, había un fragmento de nuestro conocimiento del mundo exterior con validez objetiva, es decir real, a saber, las propiedades primarias. Las secundarias por el contrario, surgían de la relación entre los objetos y nuestros sentidos, por lo que solo poseían validez subjetiva o carácter ideal. La teoría lockeana nos sitúa en un mundo espacio-temporal, material y trascendentalmente real. En dicho mundo, nos encontramos rodeados de cosas en sí materiales mas incoloras, insonoras, inodoras, insípidas y atérmicas, pero poseedoras por el contrario, de extensión, figura, impenetrabilidad y movimiento o reposo.²²

Posteriormente, en la Estética trascendental de su *Crítica de la razón pura*, Kant demostró como el espacio y el tiempo no son propiedades de los objetos sino formas mediante las cuales los objetos se nos dan, es decir, refutó la realidad trascendental de aquello que Locke denominaba cualidades primarias. El mundo objetivo, el mundo de las cosas en sí, quedó entonces reducido –afirma Schopenhauer- a una pura incógnita, pues la cosa en sí ni siquiera tiene estas propiedades cuantitativas –de origen subjetivo- y en consecuencia es tan inodora, incolora, insípida, carente de suavidad o rugosidad como de calidez o frigidez como inextensa y amorfa.

Al ser el pasaje de la sensación a la percepción automático e inconsciente, no hallamos por un lado la impresión y por el otro el objeto sino que percibimos los objetos directamente y como situados en el espacio exterior a nuestro cuerpo. La sensación siempre es subcutánea y consecuentemente interior, pero el intelecto tiene

²² En resumidas cuentas, las *cosas en sí* del mundo lockeano no poseen cualidades pero sí cantidades o magnitudes.

como forma propia la espacialidad, por lo que los objetos son externos en tanto los consideramos como representaciones de nuestro intelecto. Cabe afirmar, a modo de resumen del idealismo trascendental y conclusión de lo antes expuesto, las palabras de Schopenhauer:

Los objetos no *están en el espacio*, y por consiguiente *fuera de nosotros*, sino en cuanto nos los representamos. Las cosas que vemos directamente [...] no son más que representación y, por lo tanto, no existen más que en nuestro cerebro.²³

Conclusión. Una pequeña crítica y defensa.

Nos encontramos en los *Parerga y paralipómena* un *parergum* o “trabajo marginal” de título “Fragmentos para la historia de la filosofía” (*Fragmente zur Geschichte der Philosophie*), en la que Schopenhauer afirma que los sistemas, son como divisiones algebraicas, en las que siempre queda un resto o residuo. Para aclarar su intuición recurre a una nueva metáfora, tomada de la química, según la cuál sistema deja un precipitado insoluble, y afirma que éste:

[...] consiste en que si se siguen sacando consecuencias de sus proposiciones, los resultados no convienen con el mundo real existente ni están de acuerdo con él, sino que por el contrario, muchas partes del mismo siguen siendo completamente inexplicables.²⁴

En su afán de comprender o explicar cierto dominio del mundo, todo sistema o concepción del mundo, al desplegarse consecuentemente sus principios y sus conclusiones, o bien no pueden explicar otra faceta de la experiencia, o bien el mundo que se quiere explicar no se ajusta a la teoría, es decir, la teoría no explica el mundo observado. Así por ejemplo, el materialismo no puede explicar el conocimiento (piénsese en nuestro actual problema de la relación mente-cuerpo); o el teísmo, por otro lado, que no concuerda con los males del mundo, con la corrupción moral de la humanidad y, hoy en día podría afirmar Schopenhauer, se encuentra una pila de evidencia en contra de la lectura literal del dogma como una descripción de hechos objetivos. Nada detiene a los partidarios de dichos sistemas a que oculten dichos

²³ Cfr. Schopenhauer (2005b), pág. 35 y Kant, *KrV* A26/B42.

²⁴ Cfr. Schopenhauer (2005c), pág. 88.

residuos mediante sofismas o palabrerías -comenta Schopenhauer-, pero a la larga esto no puede sostenerse y debe rechazarse la tesis desde la que se partió originalmente. Si por el contrario, dicho sistema se desarrolla sistemáticamente de manera consecuente y con conformidad al mundo que pretende explicar, Schopenhauer cree que allí se encuentra la verdadera solución del problema. La facilidad con la que Schopenhauer concibe la dinámica histórica de las teorías nos resulta actualmente, tras las investigaciones de Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend, por citar algunos filósofos de la ciencia del siglo XX, un tanto *naïve*. La concepción schopenhaueriana de un sistema teórico como algo que produce una *solución* y un *resto insoluble*, nos presenta empero un par de categorías de análisis metafilosófico –aunque toda metafilosofía es también filosofía- que me resulta interesante presentar. Mi interés en este párrafo es el de bosquejar mínimamente cuáles -creo yo-, son la solución y el residuo indisoluble de la teoría de la percepción schopenhaueriana.

En primer lugar, la gran solución schopenhaueriana es la disolución del aquél persistente residuo indisoluble del materialismo científicista contemporáneo: el problema de la relación cuerpo-mente o cerebro-mente. La concepción científica predominante tanto en los sectores académicos como no académicos de nuestra sociedad comprende el cuerpo -a lo material- y la mente, como discretamente diferentes y cree en consecuencia, en la necesidad de un tercer miembro que sirva de relación.²⁵ La doctrina schopenhaueriana, no sólo no niega la experiencia empírica ni los resultados científicos, sino que además remonta su vuelo idealista desde ellos mismos. Su oponente no es la ciencia como actividad empírica concreta, sino más bien la interpretación filosófica que predomina en su tiempo –y en el nuestro en gran medida, creo yo- sobre dicha actividad y sus resultados. La superioridad del idealismo trascendental frente al materialismo reduccionista en lo relativo a la interpretación de la naturaleza y el valor de la ciencia natural, reside en que el materialismo conduce a la ciencia natural a un dualismo ontológico, cuerpo-mente, en el cual la ciencia natural acaba castrada o impotente en la explicación de los fenómenos mentales. El idealismo trascendental por el contrario revela el proceder del materialismo reduccionista como

²⁵ El problema de la relación entre el cuerpo y el sujeto no es nuevo. Agustín pretendía que hubiera una materia sutilísima que comunicara cuerpo y alma. Fichte, por su parte, se apropia de dicho enlace entre el sujeto y su cuerpo. En el siglo XX y aún en el siglo XXI, el problema de la relación cuerpo-mente es central en las discusiones de la filosofía de la mente. Cfr San Agustín (1957a) *liber imperfectus* VII, San Agustín (1957b) *liber XV*, López-Domínguez (1996) y Searle (1999).

un momento de la inteligencia humana, un momento dentro las múltiples posibilidades del ingenio de nuestra especie. Al limitarse el territorio legítimo de las ciencias naturales, no se empequeñece su grandeza, sino que por el contrario, resulta comparable la ciencia natural al ser rectamente delimitada, a una joya que se le quitan las impurezas, apareciendo su dominio entonces como ella lo promete: cuantificable y manipulable.

Dicho vislumbre de la solución schopenhaueriana es suficiente por el momento. Presentaré lo que en mi opinión resulta el residuo insoluble de la fisiología trascendental schopenhaueriana de la percepción. La gran carencia de ésta es a mí entender, que no considera en detalle el funcionamiento de la ley de causalidad, es decir, del pasaje de la sensación subjetiva a la percepción objetiva. Solamente se afirma que cierta parte de la sensación subjetiva es tomada por el intelecto, o cerebro, elaborando con ella el mundo objetivo, perceptual. Así, sólo se afirma la correlación inferencial desde el efecto –la sensación- a la causa –la percepción-, la cual tiene una constitución espacial predeterminada por el sujeto. Resta averiguar entonces, cuáles son las formas mediante las que opera la ley de la causalidad.

Referencias bibliográficas

- Kant, Immanuel (2007). *Crítica de la razón pura*. Editorial Colihue. Buenos Aires.
- López-Domínguez, Virginia. (1996) “El cuerpo como símbolo: la teoría fichteana de la corporalidad en el sistema de Jena” en *Fichte 200 años después*, editado por Virginia López-Domínguez. Editorial Complutense, Madrid.
- San Agustín. (1957a) *De genesi ad litteram liber imperfectus VII* en *Obras de San Agustín*, Tomo XV, Biblioteca Autores Cristianos, Madrid.
- San Agustín (1957b), *De trinitate* en *Obras de San Agustín*, Tomo IV, Biblioteca Autores Cristianos, Madrid.
- Schopenhauer, Arthur (2005a). *Die Welt als Wille und Vorstellung* en *Sämtliche Werke*, Band Eins. Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft.
- Schopenhauer, Arthur (2005b). *Die Welt als Wille und Vorstellung* en *Sämtliche Werke*, Band Zwei. Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft.
- Schopenhauer, Arthur (2005c). *Parerga und Paralipomena* en *Sämtliche Werke*. Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft.
- Schopenhauer, Arthur (2005d). *Über den Willen in der Natur* en *Sämtliche Werke*. Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft.
- Schopenhauer, Arthur (2005e). *Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde* en *Sämtliche Werke*. Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft.

- Schopenhauer, Arthur (1950a). *El mundo como voluntad y representación* en *Obras*. Editorial El Ateneo. Buenos Aires.
- Schopenhauer, Arthur (1950b). *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* en *Obras*. Editorial El Ateneo. Buenos Aires.
- Schopenhauer, Arthur (1970) *Sobre la voluntad en la naturaleza*. Editorial Alianza. Madrid.
- Searle, John R. (1999). “The future of philosophy” en *Philosophical transactions of the Royal Society B*, Millenium Issue, Royal Society Press, London, 1999.